

historia. Y no solo hubo esta guerra servil, sino que tambien ántes de ella gentes viles y de baxa extraccion taláron la provincia de Macedonia, y despues á Sicilia y toda la costa del mar; y quán grandes y horrendos latrocinios ¹²³ hicieron en el principio, y despues quán poderosa guerra los corsarios, ¿quién lo podrá referir conforme á su grandeza?

CAPÍTULO XXVII.

De las guerras civiles de Mario y Sila.

Y quando Mario ensangrentado ya en la sangre de sus ciudadanos, habiendo muerto, y degollado á infinitos de la parcialidad contraria, vencido, se fué huyendo de Roma, respirando apénas por un breve rato la ciudad (por usar de las palabras de Tulio ¹²⁴) volvió otra vez á lidiar Cinna con Mario. Entónces con la muerte de varones tan esclarecidos murió la refulgente antorcha, honor y gloria de esta íncli-

ta ciudad. Vengó despues Sila la crueldad de esta victoria ¹²⁵, y no es menester relacionar con quanta disminucion de ciudadanos, y con quanto detrimento de la república fué, porque de esta venganza, que fué mas perniciosa que si los delitos que se castigaban quedaran sin castigo, dice tambien Lucano ¹²⁶: "excedió la medicina el modo, y profundizó demasiado la mano, por donde cundia la enfermedad:" perecieron los culpados, mas en un tiempo en que los que restaban solos podian ser culpados, en cuya lastimosa situacion se dió libertad á los odios, corrió presurosamente la ira y el rencor sin miedo del freno de las leyes. En esta guerra de Mario y Sila, además de los que murieron fuera en los combates, tambien dentro de Roma se llenáron de cuerpos muertos las calles, plazas, teatros y templos; de modo que apénas se pudiera imaginar, quándo los vencedores hicieron mayor matanza y estrago, si quando vencian, ó despues de haber ven-

cido; pues en la victoria de Mario quando volvió del destierro, además de las muertes que se hicieron á cada paso por todas partes, la cabeza del Cónsul Octavio se puso en los Rostros; degollaron en sus mismas casas á Cesar y á Fimbria ¹²⁷; hicieron pedazos á los Crasos ¹²⁸ padre é hijo, al uno en presencia del otro; Bebio ¹²⁹ y Numitor perecieron arrastrados con unos garfios, derramando por el suelo sus entrañas. Catulo ¹³⁰ tomando veneno se libró de las manos de sus enemigos. Merula que era Flamen Dial, ó Sacerdote de Júpiter, abriéndose las venas sacrificó su vida y sangre á Júpiter; y delante del mismo Mario daban luego la muerte á todos los que saludándole ¹³¹ no les alargaba la mano.

CAPÍTULO XXVIII.

Qual fué la victoria de Sila, que fué la que vengó la crueldad de Mario.

La victoria de Sila, que se siguió luego, (la que en efecto vindicó la crueldad pasada á fuerza de mucha sangre de los ciudadanos, con cuyo derramamiento, y á cuya costa se habia conseguido, fenecida ya la guerra, permaneciendo todavía las enemistades) executó aun mas fieramente su rigor en la paz. Despues de las primeras y recientes muertes que executó Mario el mayor, habian hecho ya otras aun mas horribles Mario el joven ¹³² y Carbon, que eran de la misma parcialidad de Mario, sobre quienes viniendo en seguida Sila, desesperados no solo de la victoria, sino tambien de la misma vida, llenaron toda la ciudad de cadáveres, asi con sus propias muertes como con las ajenas; porque además del estrago que por diversas partes hicieron, cer-

cáron tambien el Senado, y de la misma Curia, como de una carcel, los iban sacando al matadero. El Pontifice Mucio Escé-bola (cuya dignidad entre los Romanos era la mas sagrada, como el templo de Vesta donde servia) se abrazó con la misma ara, y allí le degollaron; y aquel fuego, que con perpetuo cuidado y vigilancia de las Vírgenes siempre ardía, casi pudo apagarse con la sangre vertida del sumo Sacerdote. En seguida entró Sila victorioso en la ciudad, habiendo primeramente en el camino en un lugar público (encarnizándose no ya la guerra sino la misma paz) degollado, no peleando, sino por expreso mandato, 70 hombres que se le habian rendido desarmados del todo. Y como por toda la ciudad qualquiera partidario de Sila mataba al que queria, era imposible contar los muertos; hasta que advirtiéron á Sila ¹³³ que era conveniente dexar á algunos con la vida, para que hubiese á quien pudiesen mandar los vencedores. Entónces habiéndose ya aplaca-

do la desenfrenada licencia de matar, que por todas partes se observaba incesantemente, se propuso con grandes parabienes y aplauso una tabla ó lista, ¹³⁴ que contenia 20 personas que se habian de matar, y proscribir del estado noble, contándose así de los Caballeros como de los Senadores un número sumamente crecido; pero daba consuelo solamente el ver que tenia fin, y no por ver morir á tantos era tanta la afliccion, como era la alegría de ver á los demas libres del temor. Sin embargo de la misma seguridad de los demas (aunque cruel é inhumana) hubo motivos suficientes para compadecer, y llorar los exquisitos géneros de muertes que padeciéron algunos de los que fuéron condenados á muerte; porque hubo hombre ¹³⁵ á quien sin intervencion de hierro le hiciéron pedazos entre las manos, despedazando los verdugos á un hombre vivo, con mas fiereza que acostumbran las mismas fieras despedazar un cuerpo muerto. Á otro habiéndole sa-

cado los ojos ¹³⁶, y cortádole parte por parte sus miembros, le hicieron vivir penando entre horribles tormentos, ó por mejor decir, le hicieron morir muchas veces. Vendiéronse en almoneda, como si fueran granjas, algunas nobles ciudades ¹³⁷, y entre ellas una, y como si mandaran matar á un particular delinqüente, decretaron fuese toda ella pasada á cuchillo. Todo esto se hizo en paz despues de concluida la guerra, no por abreviar en conseguir la victoria, sino por no despreciar la ya alcanzada. Compitió la paz sobre qual era mas cruel con la guerra, y venció; porque la guerra mató á los armados, y la paz á los desnudos. La guerra se fundaba en que el herido, si podía, hiriese; mas la paz estribaba no en que el que escapase viviese, sino que muriese sin hacer resistencia.

CAPÍTULO XXIX.

Compara la entrada de los Godos con las calamidades que padecieron los Romanos, así de los Galos como de los autores y caudillos de las guerras civiles.

¿Qué furor de gentes extrañas, qué crueldad de Bárbaros se puede comparar á esta victoria de ciudadanos conseguida contra sus mismos ciudadanos? ¿Qué espectáculo vió Roma mas funesto, mas horrible y mas feroz? ¿Fué por ventura mas inhumana la entrada que en tiempos antiguos hicieron los Galos, y poco hace los Godos, que la fiereza que usaron Mario y Sila, y otros insignes varones de su parcialidad, que eran como lumbreras de esta ciudad, con sus propios miembros? Es verdad que los Galos pasaron á cuchillo á los Senadores, y á todos quantos pudieron hallar en la ciudad, á excepcion de los que habitaban en la ro-

ca del Capitolio, la qual sola como quiera se defendió. Con todo, á los que se habían guarecido en aquel lugar les vendieron á lo ménos las vidas á trueque de oro, las quales, aunque no pudieron quitárselas con las armas, sin embargo pudieron consumírselas con el cerco. Y por lo respectivo á los Godos, fuéron tantos los Senadores á quienes perdonaron la vida, que causa admiracion que se la quitasen á algunos; pero al contrario Sila, viviendo todavía Mario, entró victorioso en el mismo Capitolio (el qual permaneció exento seguro del furor de los Galos) para ponerse á decretar allí las muertes de sus compatriotas; y habiendo huído Mario, escapando para volver mas fiero y mas cruel, éste en el Capitolio, por consulta y decreto del Senado, privó á infinitos de la vida y de la hacienda: y los del partido de Mario, estando ausente Sila, ¿qué cosa hubo de las que se tienen por sagradas á quien ellos perdonasen, quando ni á Mucio, que era su

ciudadano, Senador y Pontífice, teniendo asida con infelices abrazos la misma ara, adonde estaba (como dicen) el hado y la fortuna de los Romanos, perdonaron? Y aquella última tabla ó lista de Sila ¹³⁸, dexando aparte otras innumerables muertes, ¿no degolló ella sola mas Senadores que los Godos pudieron despojar?

CAPÍTULO XXX.

De la conexión de muchas funestas guerras que precedieron ántes de la venida de Jesu-Christo.

¿Con qué ánimo pues, con qué valor, con qué desvergüenza, con qué ignorancia, ó por mejor decir demencia, no se atreven á imputar aquellos desastres á sus Dioses, y éstos los atribuyen á nuestro Señor Jesu-Christo? Las cruéles guerras civiles (mas funestas aun, por confesion de sus propios autores, que todas las demas guerras tenidas con sus enemigos; pues con ellas se consideró aquella república no tanto por perseguida, y afligida, sino por totalmente perdida) nacióron mucho ántes de la venida de Jesu-Christo, y con la conexión y enlace de infaustas causas, originadas de la guerra de Mario y Sila, llegóron las guerras de Sertorio ¹³⁹ y Catilina ¹⁴⁰, de los quales el uno habia sido proscripto, y

vendido por Sila, y el otro se habia criado con él: de allí procedieron á la guerra de Lépido y Catulo ¹⁴¹, de los quales el uno queria abrogar lo que habia hecho Sila, y el otro lo queria sostener: despues caminaron á la de Pompeyo y Cesar ¹⁴², de los quales Pompeyo habia sido de la parcialidad de Sila, á cuya potencia y dignidad habia ya llegado, y aun pasado, lo que no podia tolerar Cesar ¹⁴³ por no hallarse igualmente autorizado; pero al fin logró conseguirla, y aun mayor, habiendo vencido y muerto á Pompeyo: desde aquí fuéron siguiendo sucesivamente hasta el otro Cesar ¹⁴⁴, que despues se llamó Augusto, (en cuyo tiempo nació Jesu-Christo) porque tambien este Augusto sostuvo muchas guerras civiles, y en ellas murióron infinitos varones insignes, entre los quales fué uno Ciceron ¹⁴⁵, aquel eloqüente artífice del gobierno de una república. Asimismo Cayo Cesar (el que venció á Pompeyo, y usó con tanta clemencia de la vic-

toria civil) haciendo merced á sus enemigos de las vidas y dignidades, como si fuera tirano se conjuraron contra él algunos nobles Senadores, só color de la libertad republicana, y le diéron de puñaladas en el mismo Senado ¹⁴⁶; á cuyo poder absoluto y gobierno despótico parece aspiraba despues Antonio ¹⁴⁷, bien diferente de él en su condicion, contaminado y corrupto de todos los vicios, á quien se opuso animosamente Ciceron, baxo el pretexto de la misma libertad patria. Entónces comenzó á descubrirse el otro Cesar ¹⁴⁸, joven de esperanzas y bello índole, hijo adoptivo de Cayo Julio Cesar, quien como llevo dicho se llamó despues Augusto: á este mancebo ilustre, para que su poder creciese contra el de Antonio, favorecia Ciceron, prometiéndose que Octavio, aniquilado, y oprimido el orgullo de Antonio, restituiria á la república en su primitiva libertad; pero estaba tan obcecado, ¹⁴⁹ y era tan poco pródigo en el exámen de las con-

seqüencias futuras, que el mismo Octavio, cuya dignidad y poder él fomentaba, permitió despues, y concedió, como por una capitulacion de concordia, á Antonio que pudiese matar á Ciceron, y aquella misma libertad republicana, en cuyo favor habia perorado tantas veces Ciceron, la reduxo debaxo de su potestad y dominio, extinguiéndola del todo.

CAPITULO XXXI.

Con qué poco pudor imputan á Christo los presentes desastres aquellos á quienes no se les permite que adoren á sus Dioses, habiendo habido tantas calamidades en el tiempo que los adoraban.

Acusen á sus Dioses por tan reiteradas desgracias los que se muestran desagradecidos á nuestro Salvador por tantos beneficios. Por lo ménos quando sucedian aquellos males herbian de gente las aras de los Dioses, y exhalaban de sí el olor del in-

cienso Sabéo, ¹⁵⁰ y de las frescas y olorosas
 guirnaldas. Los Sacerdocios eran ilustres, los
 lugares sagrados resplandecian, se frecuen-
 taban los sacrificios, los juegos y diversio-
 nes en los templos, al mismo tiempo que
 por todas partes se derramaba tanta sangre
 de los ciudadanos por los mismos ciudada-
 nos, no solo en qualquiera lugar, sino en-
 tre los mismos altares de los Dioses. No
 escogió Ciceron templo adonde acogerse,
¹⁵¹ porque consideró que en vano le habia
 ya elegido Mucio; pero estos ingratos, que
 con ménos motivo se quejan de los tiem-
 pos christianos, ó se acogieron á los luga-
 res dedicados á Christo, ó los mismos Bár-
 baros los conduxéron á ellos para que li-
 bertasen sus vidas. Esto tengo por cierto,
 y qualquiera que lo mirase sin pasion fá-
 cilmente advertirá (por omitir muchas par-
 ticularidades que ya he referido, y otras
 que me pareció largo relacionarlas) que si
 los hombres recibieran la fé Christiana án-
 tes de las guerras Púnicas, y sucedieran

tantas desgracias y estragos como en aque-
 llas guerras padeció África y Europa, nin-
 guno de éstos que ahora nos persiguen lo
 atribuyera sino á la Religion Christiana; y
 mucho mas insufribles fueran sus voces y
 lamentos por lo respectivo á los Romanos, si
 despues de haber recibido, y promulgado la
 Religion Christiana, hubiera sucedido, ó la
 entrada de los Galos, ó la ruina y destruc-
 cion que causó la impetuosa avenida del rio
 Tiber y el fuego, ó lo que sobrepuja á todas
 las calamidades, aquellas guerras civiles, y
 los demas infortunios que sucedieron, tan
 contrarios al humano crédito, que se tuviéron
 por prodigios, los que si sucedieran en los
 tiempos christianos, ¿á quiénes se lo ha-
 bían de atribuir como culpas suyas sino á
 los Christianos? Paso en silencio, pues, los
 sucesos que fuéron mas admirables que per-
 judiciales, de como habláron los bueyes,
¹⁵² como las criaturas que aun no habian
 nacido pronunciáron algunas palabras den-
 tro del vientre de sus madres, como vo-

láron las serpientes ¹⁵³, como las gallinas se convirtieron en gallos y las mugeres en hombres, y otros portentos de este jaez que se hallan estampados en sus libros, no en los fabulosos, sino en los históricos, ya sean verdaderos, ya sean falsos, que causan á los hombres no daño, sino espanto y admiracion: asimismo aquel raro suceso de quando llovió tierra ¹⁵⁴, quando llovió greda ¹⁵⁵, quando llovió piedras, en cuya expresion no se entiende que apedreó como quando se entiende el granizo por este nombre, sino que realmente cayéron piedras, cantos y guijarros ¹⁵⁶: esto sin duda que pudo hacer tambien mucho daño. Lee- mos en sus autores, que derramándose, y baxando llamas de fuego desde la cumbre del monte Ethna ¹⁵⁷ á la costa vecina, hir- bió tanto el mar, que se abrasáron los pe- ñascos, y se deritió la pez y resina de las naves: este suceso causó terribles daños aunque fué una maravilla increíble. En otra ocasion con el mismo fuego ¹⁵⁸ escriben

que se cubrió Sicilia de tanta cantidad de pavesa, ó ceniza, que las casas de la ciudad de Catania ¹⁵⁹ oprimidas con el peso diéron en tierra; y compadecidos de esta calami- dad los Romanos les perdonáron benigna- mente el tributo de aquel año ¹⁶⁰: tam- bien refieren en sus historias, que en Áfri- ca, siendo ya provincia sujeta á la repúbli- ca Romana, hubo tanta multitud de langos- tas ¹⁶¹ que anublaban el Sol, las quales des- pues de consumir los frutos de la tierra has- ta las hojas de los árboles, dicen que se formó una inmensa é impenetrable nube y dió consigo en el mar; y que muriendo allí, y volviendo el agua á arrojarlas á la costa, inficionándose con ellas la atmósfe- ra, aseguran que causó tan terrible peste, que (segun su testimonio) solo en el Rey- no de Masinisa ¹⁶² pereciéron 800 perso- nas ¹⁶³, y muchas mas en las tierras pró- ximas á la costa. ¹⁶⁴ Entónces afirman que en Útica de 300 soldados que habia de guarnicion quedáron vivos solos diez. No

puede darse semejante fanatismo como el que nos persigue, y obliga á que respondamos, que el suceso mas mínimo de estos que hubiese acontecido en la actual época le atribuirian al influxo y profesion de la Religion Christiana, si le vieran en los tiempos christianos. Y con todo no imputan estas desgracias á sus Dioses, cuya religion procuran establecer por no padecer iguales calamidades, ó menores, habiéndolas padecido mayores los que ántes los adoraban.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

1 **V**iendo Apolo y Neptuno que Laomedonte, Rey de Frigia, pensaba en circundar á Troya con murallas, cuya obra era costosísima y grande, le ofrecieron sus manos para la execucion, baxo la promesa de una gruesa cantidad de oro, que negó Laomedonte luego que se concluyó la obra.

2 Homero en la Iliada segunda dice, que habiendo peleado Eneas con Aquiles en un combate particular, y sido vencido, y expuesto á ser muerto Eneas por Aquiles; Neptuno se explicó así en los siguientes versos, alusivos al caso, que pone el mismo Homero.

*Funere nos istum jam nunc revocemus acerbo,
Irarum sævos ne æstus Saturnius heros
Colligat, hunc leto proles Pellæia forte
Si dederit, tristi licet hunc subducere fato:
Ne stirps tota cadat, cæcisque opressa tenebris
Intereat gens illa, fuit charus cui Dardanus auctor.
Quem pater omnipotens reliquit plus omnibus unum
Famina quos ipsi genuit, complexus amore est.
At postquam Priami gentem jam Jupiter odit,
Viribus Æneas, et majestate verendus
Jura dabit Phrygiis: natiq; et cuncta propago
Æternum accipiet regnum, illa in gente vetustum.*